

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Henry Pablo Pérez Pulgarín

Periodista de la Universidad de Antioquia.

— ¡Mi vida es una novela ni la hijueputa! Donde se la cuente, tiene usted para un libro, pero no cualquiera: uno bueno.

Luego de hacer esta afirmación, German mira fijamente el aire, parece estar rebobinando una película, una historia que solo él conoce. Sobre la mesa hay una caja de Aguardiente Antioqueño, tres copas y un par de vasos de agua para bajar los guaros. La mirada de German regresa de algún recuerdo no contado y se dirige hacia la caja de aguardiente, sirve licor en una copa, un ritual que reverencia y desarrolla con el ritmo y cuidado que la repetición y práctica confieren al artesano.

Ofrece la copa, la recibo. Sin demora sirve un trago para él. Sostiene la mirada en un punto incierto, buscando algunas palabras para ofrecer antes de ingerir el trago, ineludible antesala.

—Yo sé que usted y yo no hablamos mucho, estoy contento de que nos tomemos un traguito... Yo sé que yo no he estado, papito, pero yo los amo porque ustedes son mis hijos. Y estoy orgulloso de mis hijos.

Un corto silencio antecede la ingesta del aguardiente. El trago pasa por las gargantas, German apura un sorbo de agua para acompañar el trago; mientras, saboreo la mezcla de alcohol y anís.

Así inicia una conversación por mucho tiempo aplazada. Una que no tiene mayor novedad que la de ser una historia propia, el inevitable encuentro de un hijo con su padre y de un padre con su hijo.

—Cuénteme pues esa historia, yo la escribo —quien responde es el hijo, y la pregunta, en apariencia inocente, oculta el interés por conocer más al padre ausente.

En el rostro de German se agolpa la inquietud, sus ojos miran en todas direcciones, la garganta parece tragar en seco para finalmente responder.

—Pues no sé qué contarle, mijo. ¿Sí me entiende? —una corta pausa—. El que escribe es usted, sí quiere le voy contando y usted va apuntando. A mí me ha pasado de todo, yo he andado, he trabajado, he tenido y he perdido.

Un necesario cruce de miradas da pie a mi respuesta.

—Listo, hagámosle. Encontrémonos y me va contando cositas de su vida. Yo aprovecho y con eso hago un trabajo para el diplomado en el que estoy estudiando.

La conversación cierra en un acuerdo, las afirmaciones y propuestas son simples excusas para ambos. El verdadero acuerdo, tácito, consiste en darse tiempo para compartir, charlar y, en últimas, conocerse.

El ebanista

German Emilio Pérez Patiño es un hombre con 52 años de edad. Es cachetón, con un semblante preocupado, nervioso, que parece siempre escuchar y da la impresión de meditar sus respuestas; pero se contradice al revelar una natural predisposición para improvisar chistes con las palabras de su interlocutor y reírse a la primera. Los dientes, algo separados, acentúan una sonrisa que es difícil no acompañar con la propia, aun cuando sus chistes no tengan gracia.

German es ebanista, artesano desde la adolescencia, y ahora, gracias a la edad, su cuerpo acumula una serie de señas que lo acreditan como tal. Cicatrices, leves y profundas, decoran los brazos; heridas recientes y viejas son notorias en unas manos pesadas, callosas y fuertes, acostumbradas a las herramientas del trabajo manual. Su ropa también habla, gotas de pintura aquí y allá, mimetizadas en los patrones estampados de las camisas que usa. Sí se observa con atención, siempre se encontrará sobre él un discreto polvillo blanco o amarillo muy pálido; es aserrín, que sospecho es producto de una sierra sin fin, o de un taladro, máquinas que volatilizan la madera que tocan para hacerla polvo fino y aroma...

Y es precisamente el aroma lo que delata a German. Según sea la faena, encargo o contrato en el que trabaje, German arrastra un aroma siempre cambiante, pero característico y familiar. A veces huele a pino, otras a guayacán, a cedro o roble. Ese hombre huele a árbol, a madera fina, y ese aroma no puede ocultarlo.

Tampoco oculta su gusto por el aguardiente, otra particularidad que expresa sin pena, aun cuando este placer ya le ha costado algunas visitas al hospital y la advertencia médica de que debería dejarlo.

—Yo ya lo sé manejar, me dieron unos susticos, pero uno se los toma con cuidado, papito, y no pasa nada—. Acto seguido sonrío, una respuesta recurrente ante la preocupación de conocidos y familiares. Tomar es parte indivisible de su vida, es el ritual a través del cual tramita los bemoles de la existencia, risas, lágrimas, picos y valles, han sido transitados con la ayuda de una copa o dos.

El cuarto elemento que perfila a este hombre es su amor por el fútbol, que es para German un vehículo de emociones. Apasionado por el juego de chicuelo,

campeón de torneos de barrio, pasó a ser un hincha confeso del Atlético Nacional, al que siguió primero por estadios y ahora solo por radio o televisión. Relata, con un orgullo apagado, que fue gracias a su amor por el Verde que, en mayo de 1989, su matrimonio se vio roto ante la decisión que le hizo tomar su esposa en ese momento, Luz Marina Pulgarín; debía escoger entre el fútbol y su familia, ya tenía dos hijos de cuatro y seis años. Él sabía que la final de la Copa Libertadores entre Atlético Nacional de Medellín y el Olimpia de Paraguay en la ciudad de Bogotá era un evento único que podía ser irrepetible; teniendo entonces 27 años, no se lo perdió.

Hoy, junio de 2014, cuando la selección Colombia está de moda por su participación en el mundial de Brasil 2014, German, con el pecho henchido, manifiesta estos placeres que lo perfilan como un hombre, quizá común, lleno de alegría y que busca en su familia compañía para atestiguar otro momento inusitado que puede ser irrepetible.

—¿Entonces qué, papito cómo estás? —le escucho decir por el auricular—. ¿Qué va a hacer mañana? Para que veamos el partido de Colombia...

—Listo, aquí lo espero —le respondo.

—Yo voy a entregar y montar unos entrepaños y salgo para donde usted, pa que veamos a la selección... y nos tomemos algo porque ese partido va a star muy bueno.

La llamada termina con un “mañana nos vemos”, un “listo, papito” y el acuerdo de un nuevo encuentro. Y pienso para mí: ese hombre es mi padre.

En el principio

Sentados en una tienda de Santa María N°2, German y yo nos miramos. De fondo se escucha una salsa desconocida. Sobre la mesa ya hay dos cervezas para acompañar la charla. Un par de tragos de cerveza dilatan el inicio de la conversación. ¿Cómo se inicia una charla entre dos hombres que buscan conocerse? Esa parece la pregunta que se refleja en el rostro de ambos, expectantes.

—¿Bueno, y cómo hacemos? ¿Usted va grabar? ¿Va tomar apuntes? —German, hace el saque inicial y la respuesta es positiva. La formación de periodista y el hecho de reconocer que en mis treinta años de vida el tiempo gastado entre ambos ha sido poco, hacen ver como prudente la idea de grabar la conversación. Un corto cruce de palabras en las que le explico cómo se supone actúa un periodista, yo, ante un entrevistado, en este caso él, permiten que ambos nos preparemos para lo que viene. Entonces hago el siguiente movimiento.

—Viejo, ¿sí es cierto que usted chantajeó al cura de la iglesia para que lo casara con mi mamá?

German ríe, mientras pregunta de donde he sacado esa anécdota. En realidad no puedo ubicar la persona de la que saqué esa historia, pero ha estado presente a lo largo de mi vida, asumo que ha salido de boca de mi madre y eso le digo, con el ánimo de que este comentario lo lleve a contarme más sobre su pasado. Un poco de risas de German y entonces...

—Yo a su mamá la conocí a los doce o trece, ella vivía en el barrio —El barrio al que se refiere es Santa María N.º 1 en Itagüí, mejor conocido como El Guayabo. Un barrio que no ha dejado de ser difícil y donde los amores se buscan y encuentran cruzando la calle.

—Sus abuelos vivían al frente de mi casa y yo la veía pasar. Yo era muy amigo de don Pedro, el papá de su abuela Rosa. Él tenía una tienda y allá nos reuníamos. Allá llegaba su mamá, con Estela, la hermana —Luz Marina Pulgarín es mi madre, en la actualidad tiene 48 años. Para el momento del que habla German, ella contaba apenas doce años, era el año 1978 y cursaba el primer año de bachillerato en el colegio El Rosario de Itagüí. German tenía dieciséis años. La charla continúa.

—Allá nos fuimos viendo —se refiere a la tienda—, nos fuimos conectando, nos fuimos charlando, entrevistando, compenetrando, nos fuimos cuadrando hasta que nos volvimos novios —German, parece un poco renuente a extenderse en detalles sobre este noviazgo que duro tres años y que tuvo que superar no solo los reparos de César Pulgarín y Rosa Muñoz, padres de Luz Marina, sino también los de sus propios padres, Jaime Pérez y Margarita Patiño, quienes estaban de acuerdo en que la diferencia de edades entre aquellos adolescente era una tema para tratar con cuidado.

Lo que pasó es que el padre Rubén, de la María Auxiliadora —iglesia tutelar del Barrio el Guayabo—, no nos quería casar porque su mamá en esa época tenía catorce años y medio y yo tenía como diecisiete o dieciocho. Ya nosotros estábamos enamorados y nos queríamos casar... En este tiempo se acostumbraba los matrimonios de quince, no era como hoy en día.

En aquella época eran más comunes lo matrimonios de este tipo; era requisito tener en regla el registro de nacimiento de ambos, el consentimiento de los padres del menor, que debía ser avalado por el sacerdote de la iglesia en donde se casarían, y este debía conocerlos y saber que eran feligreses de su parroquia. César y Rosa, tras tres años de noviazgo de su hija Luz con German, le dieron su consentimiento.

—Todos nos pusimos de acuerdo, los papás de ella, los míos, los padrinos. Sus abuelos sí pusieron alguna resistencia, pero al final, cómo no iban a aceptar que la hija se casara con un monito, flaquito, bonito, buen mozo como era yo —German sonrío complacido.

—Entonces cuando su mamá y yo fijamos fecha para casarnos, ya hecho el cursillo y decididos a organizarnos, nos fuimos para donde el padre Rubén, quien era muy amigo de mi papá Jaime, ¡amiguísimos! Porque nosotros ayudamos a construir la iglesia, nosotros ayudamos a hacer el techo, tejas, adobe, esa iglesia del Guayabo la ayudamos a hacer con el padre Rubén. Entonces como el padre había casado a mi hermana Gloria y a mi hermano Héctor, fuimos donde él para que nos casara, y él se mandó las manos a la cabeza y nos dijo: “yo a ustedes no los caso” —German se ríe al recordar, mientras apura un trago largo de cerveza para refrescar la garganta.

—Yo no *chantajé* al padre Rubén —afirma entre risas—, lo que pasó fue que yo me fui para donde el vicario de Itagüí, muy amigo mío, porque le hicimos la parte de madera de los osarios en el sótano de la iglesia, y también las bancas, y arreglamos el piano que tenían, y le dije: Padre cómo le parece que yo me quiero organizar, tengo mi novia y el padre Rubén no nos quiere casar... Y él me dijo, vuelva y hable con Rubén, y si él no los casa, véngase mijo porque yo los caso, porque usted quiere las cosas organizadas y eso son buenos principios.

Luz y German fijaron la fecha del matrimonio para el día 12 de diciembre de 1981.

—Fuimos otra vez a donde el Padre Rubén y le dije: ah bueno, como usted no quiere, deme los papeles que yo ya hablé con el vicario de Itagüí y él sí nos casa, y el ahí ya saltó, porque el vicario era el jefe. ¡Pero usted porque es así!, me dijo, le dio miedo que el vicario lo amonestara, y ahí sí: no mijito, venga pues, tranquilo que yo los caso. Yo le pagué la marchar nupcial y la ceremonia, le di mil pesos, y a los quince días ya nos estábamos casando —German se retrae un momento y nuevamente bebe un sorbo de cerveza en silencio. Los ojos van y vienen por el espacio saltando, seguramente entre recuerdos que deja para él mismo. Me mira directamente, extendiendo una mano y poniéndola sobre mi hombro derecho.

—Ustedes fueron un par de hijo bien concebidos. ¿Cómo le digo? Nos enamoramos, fuimos novios, tuvimos noviazgo, un cursillo, se casó legalmente, todo, y dentro de ese hogar dos hijos —en silencio, me sostiene la mirada, regresa la mano a su regazo y continúa—. Entonces alquilamos un apartamentico, las familias nos amoblaron la casa, porque en esa época se acostumbraba los regalos pa amoblar la casa, yo hice todos los muebles, la alcoba... Se pasaron los días, dos años, y nació el primero, Pablo, en 1983, y después Gustavo en el 85... Ya luego una cosa llevó a la otra, y después nos separamos. Yo era inquieto, usted sabe, el fútbol, los amigos, el traguito, también las amiguitas...

El fútbol tuvo la culpa

—Pues a mí me gustaba el futbol, la rumba... Su mamá siempre lo supo y a veces me acompañaba, no siempre. Y en esa época teníamos un buen equipo, estaba

Villa, mis hermanos, algunos de sus tíos. Jugábamos bien y ganábamos torneos en el barrio, y usted sabe que en esas celebraciones había trago, fiesta, mujeres. Eso no le gustaba a su mamá...

German reproduce un comentario recurrente en mi historia familiar: el fútbol, el alcohol, y las mujeres aparecen siempre en los comentarios que se usan para describir a mi padre y sus motivaciones. En diferentes momentos de mi vida ha surgido la pregunta de rigor: ¿Madre, por qué te casaste con él, con mi padre? Luz Marina siempre ha matizado su respuesta con diferentes torsiones faciales, muecas, que hacen notoria su incomodidad por dicho tema y ese personaje que es German.

¡Por boba! ¡Porque estaba enamorada! ¡Pa que me pregunta eso! ¡Las cosas malucas no se recuerdan! Son algunas de las respuestas que Luz Marina lanza ante la mención de ese hombre que fue su único esposo.

El fútbol ocupa un lugar importante en la existencia de German, es el verdadero fervor que le dota de energía, por lo menos esa impresión es la que da cuando este tema surge, sea al hablar de sus gestas de barrio, o al recordar los logros y fracasos de su segundo hijo, Gustavo, mi hermano menor, quien parece ser un facsímil de German, tanto en gustos como en personalidad. Pero entre todas las anécdotas que atesora sobre la historia del deporte, con envidiable memoria y orden académico, una destaca con particular brillo.

— Van a ser ya 25 años de cuando yo terminé con su mamá... Cuando yo me peleé con su mamá, fue el 31 de mayo de 1989, el día que Nacional jugó en Bogotá. Ella me dijo que si yo me iba para Bogotá lo nuestro se acababa, y yo me fui pa Bogotá —la emoción es notoria y sincera, German se me acerca y me abraza, como si al contarme me entregara un tesoro personal que debe ser tratado con respeto.

— ¡Cómo no iba yo a ir a ver a Nacional en la final de Copa Libertadores! y fuimos campeones, ¿y quién no iba a ir? cinco mil pesos me costó la boleta, la boleta ida y vuelta, con garrafa incluida, la boleta numerada oriental —la emoción da paso a un corto silencio, la mirada se afinca sobre mi rostro—. Pues mijo, cuando yo volví aquí, las maletas estaban listas...

No puedo evitar reír, no me burlo de él o de lo que me cuenta. Es mi sincera reacción a un evento insólito que tiene tintes de cuento; German acompaña mi risa con la suya.

— ¡Primero Nacional!, si era lo máximo en ese momento, en el 89 Nacional batía todos los récords, y yo me mantenía con Nacional en los estadios, una cosa, la otra, y en esa época en las fiestas cerraban las cuadras cuando jugaba Nacional en Argentina, y esta era la hora en que las cuadras estaban cerradas haciendo

sancocho y la gente tomando, esperando el partido —no puedo evitar sentir algo de envidia por el fervor que expresa por un deporte que no entiendo por completo y que no me genera tal pasión.

—Nos separamos por la final, y que yo en ese tiempo pa donde salía era licor, licor y los amigos... Yo me fui con Héctor, con Omar, Marleny —tres de los catorce hermanos que tiene German—, y con unos trabajadores míos, íbamos como seis u ocho, nos fuimos a ver la final en Bogotá. Era una excursión, lo que pasa es que Nacional no podía jugar acá, en Medallo, porque el estadio era muy pequeño, era como para dieciocho mil espectadores, y una final para Libertadores tenía que ser mínimo para cincuenta mil, entonces la trasladaron para Bogotá. De aquí nos fuimos todos pa verlo, y la carretera Medellín-Bogotá fue cerrada y todos los carros eran de ida, de ida, no más para los carros que iban desde Medellín, eso fue un espectáculo...

Y nosotros nos quedamos como hasta las dos de la mañana, el partido se acabó como a las once, los penaltis y todo, con el equipo celebrando y nosotros en la tribuna grite y grite, es que era primera vez en Colombia, ¿sí me entiende? De allá salimos y cogimos el bus, y ya cuando veníamos como a las diez u once de la mañana por acá, el avión, los helicópteros aterrizando con Nacional aquí en el estadio para dar la vuelta olímpica, y la fiesta estaba aquí en Medellín, y todo mundo bebiendo, y era un jueves, era mitad de semana, la fiesta era la tremenda, la gente borracha y todo... Yo no invité a Marina porque los niños estaban pequeños y ella casi no me acompañaba, ustedes tenían en el 89 como cinco o seis años y Tavo tenía por ahí sus cuatro años... Bueno, esa fue una época muy distinta, ¿sí me entiende? Y en ese tiempo todo mundo nos enfiestábamos con Nacional, también había mucho muerto, por ejemplo en Envigado mataron a un hincha del Verde, tenía la bandera que decía “matáme verde matáme”, llegó un hincha del Medellín y le pegó dos tiros, ahí lo mató. Esa época era cosa brava.

Al cotejar esta historia con Luz Marina, mi madre, salen a la luz las diferencias que existen entre este par de personajes. Las fechas coinciden, el mes de mayo de 1989 es el momento en que esta relación se rompe y el sueño de consolidar una familia queda truncado. Los detonantes de esta ruptura son compartidos con algunas variaciones de peso; el fútbol, las mujeres y el alcohol aparecen en su memoria, pero existe un evento, clave para Luz Marina, que no se encuentra en la memoria de German.

—¡Él me pegó! —afirma Luz, y a veinticinco años de ese hecho, aún hay un dejo de rabia en sus palabras—. Él me pegó una vez, borracho, solo una vez y eso fue suficiente para mí, pa saber que ahí no había nada... Después de ese día hablé con su abuelo Jaime, el papá de su papá, y le conté lo que había pasado, le conté todo, y él dijo una cosa que nunca se me va a olvidar: “Si usted cree que ese muchacho no sirve, le va tocar amararse a usted la falda hija”. Después de escuchar eso,

recogí mis cosas, cogí a mis hijos y me regresé para donde mis papás, y no volví a tener nada con ese señor.

La ebanistería

—Mi papá Jaime era de Santa Rosa de Osos y Margarita, mi Mamá, es de San pedro de los Milagros. Yo nací aquí en Medellín, pero la familia vivió mucho tiempo en Anorí. Allá mi papá fue finquero, carbonero, ordeñador. Pero de allá nos tocó salir mijo porque nos cayeron las deudas, los problemas, allá se murió una hermanita mía de cuatro o cinco añitos; un día se enfermó y mis papás la llevaron al médico del pueblo y nos dejaron en la casa. Cuando volvieron venían solos, la niña se murió y la tuvieron que enterrar, nosotros no la pudimos ni ver. Entonces nos vinimos de Anorí y mi papá cogió la ebanistería acá en Medellín. Él la aprendió de un hermano de él que negociaba con maderas, llevando cargas de aquí pa Cartagena; ese tío se murió hace muchos años en el alto de Matasanos: subiendo se volteó el camión que manejaba y la carga de madera le cayó encima, y ahí quedó.

Así inicia German la respuesta a una pregunta en apariencia sencilla. ¿Quién te enseñó la ebanistería? La respuesta no es elaborada, y se limita a la enumeración de hechos.

—Yo salí de estudiar la primaria en el año 76 y mi papá quería que estudiáramos en un colegio de hombres, uno prestigioso para nosotros, el Marco Fidel Suárez, que queda ahí por el estadio. Nosotros presentamos el examen de admisión, pero en esa época presentamos el examen cinco mil niños en Medellín, y era pa sacar quinientos para el colegio, entonces así ganáramos nos quedamos sin cupo del Marco Fidel. Y como mi papá no quería que estudiáramos en el EVE —en la actualidad Institución Educativa Enrique Vélez Escobar—, que era un colegio muy cercano a la casa, de mucha vagabundería, pues no entramos a estudiar.

A los catorce años German se enfrentó a una situación, una realidad continuada, la decisión de estudiar o trabajar, una decisión que quizá era más fácil de responder en ese entonces.

—Como no entramos a estudiar, mi papá empezó a llevarnos al taller que él tenía allá en la 81 con Colombia —Cra 81 con la 49f-71, Barrio Calanzans—; mi papá estuvo 25 años consecutivos ahí, y aún existe, todos hemos sido dueños de ese taller en algún momento... Nosotros íbamos de aquí —Santa María, Itagüí— a allá —Calanzans—; mi papá tenía trabajadores, materiales, y allá fueron mis inicios en ebanistería, lijando madera, después clavando, ayudando en los contratos que él tenía... Y me dio porque me quería ir a andar, y yo me fui, no le dije nada a nadie. En esa época irse de la casa antes de los 18 mostraba signos de verraquera. Me fui a los 16 y medio para Cartagena, allá estaba mi hermano Alberto y allá

estuve un año. Yo ya era novio de su mamá, y de allá nos llamábamos, de allá nos escribíamos cartas, telegramas, en esa época no era el blackberry, ni celular, ni internet, ni nada; era ir a Telecom a llamar; le escribía cartas de amor, te quiero mucho, te extraño mucho, pasajes de la vida, lo que estaba pasando, cómo vivía, cómo hacía, ¿sí me entiende? Y allá trabajé con Alberto, y allá me acabé de perfeccionar, hacíamos muebles, clósets, puertas, muebles de bambú para mandar a Panamá.

German es parco en el momento de hablar sobre su oficio, no hay poesía al describir su relación con la madera, solo datos sencillos y planos: hace puertas, ventanas, clósets, muebles... Es un artesano dedicado y juicioso, que nunca ha quedado mal con su trabajo.

—La gente se enamora de mi mano —es lo único que atina a decir para calificar su oficio—. No me faltan los clientes, porque uno cumple y se preocupa por los detalles.

Mis recuerdos de ese ebanista son pocos, en mi infancia lo veía en el taller de la familia en Calazans, Madepérez, rodeado de una nube fina de aserrín que impone en la memoria un ambiente cálido, lleno de sonidos para mí familiares, el golpe apagado y rítmico de martillos que introducen clavos en la madera. El chirrido de una sierra circular que hace gritar a un tablón cuando sus dientes lo cortan para dejarlo de la medida esperada. El curioso sonido de oleaje que produce el cepillo en su ir y venir por una tabla, para rebajar su grosor y emparejar su superficie.

El ebanista de esa época estaba rodeado de familia, sus hermanos y padre corrían laboriosos por el taller afanados en terminar algún contrato, los chistes pesados, los insultos, los comentarios sobre las beldades de las mujeres que desfilaban frente al taller, los problemas con las esposas, las aventuras con las amigas, y en últimas el sonsonete interminable de risas compartidas, eran la constante. Sus hijos también estaban allí; recuerdo que mi campo de juegos fue una pila inagotable de recortes de madera, con la que elaboraba aviones, carros, armas, casas y castillos, que hacía con la guía consciente de un padre que me ofrecía colbón, una o dos puntillas, una segueta y los consejos de cómo podías encajar dos retazos de tabla para que tomaran la forma deseada, que la imaginación del niño terminaba por ajustar.

La memoria salta un gran abismo de tiempo y el siguiente recuerdo a mediados de los noventa, ubicado ya en la adolescencia, es de un hombre distante, serio y atareado. Me enseña, ya en otro taller, de su propiedad, en San Juan con la 74, la forma correcta de cortar un listón en la sierra sin fin, siguiendo la veta natural de la madera para asegurar su resistencia vertical y la correcta ubicación de las manos para no perder un dedo en una máquina que también usan los carniceros con el objeto de cortar huesos de res. En este recuerdo percibo una gran distancia emocional, provocada por la lejanía impuesta por una relación aciaga entre los

padres. A nuestro alrededor ya no está la gran familia, hay trabajadores, operarios silentes contratados para cumplir el contrato de turno.

Los consejos son constantes, ojo con esto, cuidado con aquello, tranquilo, eso se arregla fácil, mida tres veces, corte una, trabajar la madera es duro mijo, esa frase fue recurrente. En aquellos días aprendí a cortar, pegar y reparar con algo de habilidad, pero no fue la ebanistería el camino laboral a seguir.

Ahora, sentados ya en una panadería compartiendo un tinto, German me cuenta que las cosas ya no son como antes, que la ebanistería ya no da tanta plata, y la gente quiere todo barato, la madera y el trabajo.

—La gente hoy compra muebles prefabricados y lo buscan a uno para hacer arreglitos, marañitas —marañitas es la palabra que German usa para describir trabajos cortos, de un día, reparaciones, montajes, trabajos simples. Ya no tiene taller, trabaja con las herramientas al hombro y viaja diariamente a donde se encuentre el trabajo. Ya no cuenta con los grandes contratos que en los ochenta y noventa le permitían tener taller y cinco o seis trabajadores para atender la renovación de una hostería en Rionegro, un apartamento en el Poblado o una finca en San Pedro de los milagros.

Le pregunto por esos días, por un nombre que fue recurrente, don Pedro, el Patrón. German sonrío y me mira, sabe que mi pregunta no es inocente. Mezcla un poco el tinto y lo lleva a la boca para dar un sorbo.

La ebanista y el arquitecto

—Yo a don Pedro Bermúdez lo conocí en Madepérez, por allá terminando los setenta. Él salía del colegio, no recuerdo cuál, allá en Calazans, y se sentaba con los amigos en una tienda al lado del Taller. Él iba mucho al taller a pedir que le ayudáramos con alguna tarea del colegio. Así fue, y después la mamá, María del Carmen Suaza, que había trabajado como empleada doméstica. Nos conocía y nos contrataba para arreglar que una puerta, que un gabinete. Entre marañita y marañita, entablamos una relación de trabajo; él me llamaba “Ñato”, y me buscaba cuando tenía algún contrato para mí, porque yo le corría, y le gustaba mi trabajo con la madera.

German habla de Pedro Bermúdez Suaza, un reconocido hombre de negocios de origen humilde que durante los ochenta y los noventa fue propietario de empresas como Taxi Aéreo Antioqueño, Agroganadera, Los Santos S. A., o el Grupo Falcón S.A., entre otras. Pedro tenía además empresas e inversiones en Panamá.

—Don Pedro tenía una oficina en El Poblado, cerca de Oviedo. Allá iba yo a entregar las cotizaciones y a firmar los contratos de trabajo después de que él

me llamaba y me decía: “Ñato, necesito que me montés unas puertas y unos clósets”. Yo le trabajé mucho, en unas fincas en Rionegro, en El Tablazo y en Santa Antonio de Pereira, le monté unas caballerizas, unas fincas hermosas las que tenía, y le gustaban mucho los caballos. Así trabajé en la Hostería Llano Grande, usted se debe acordar papito, yo lo llevé una vez para que me ayudara.

La Hostería Llano Grande estaba ubicada en Rionegro, fue durante la década de los noventa un exclusivo lugar de eventos, que sirvió además de lugar de concentración para la selección Colombia antes del mundial de 1994, así como del equipo Atlético Nacional. Fue precisamente en 1994 cuando mi padre me llevó a esa hostería; tenía que montar las puertas de las habitaciones, y llevó a un ayudante de once años; aquello fue un ardid para que yo pudiera ver en persona a El Pibe Valderrama, al Tino Asprilla, a Andrés, y aquella mítica selección.

—Pedro Bermúdez era un señor muy recto, serio. Pero le encantaba hacerles bromas a los conocidos y a los trabajadores. Me acuerdo una vez, como en el noventa, me le perdí y él me buscaba para que le hiciera un trabajo. Yo me había pasado a vivir a San Javier, estaba con Gabi, mi pareja en ese momento, y nadie sabía cuál era mi número, ni dónde encontrarme. El patrón le preguntaba a mi papá y él no sabía qué razón dar. Resulta que un día iba yo con Gabi por San Javier, y un monterito blanco nos empezó a seguir y a seguir, y a nosotros nos fue dando un susto ni el más hijueputa, porque no sabíamos qué pasaba, y usted sabe que en esos días la cosa era muy seria. Y ese carro aceleró y se montó a la acera parando frente a nosotros; yo cogí a Gabi y la tiré a un lado, en un jardín, y me adelanté gritando: ¡A ver qué es lo que pasa! El que se bajó de ese carro fue don Pedro, cagado de la risa, preguntando que yo qué me había hecho, que me necesitaba para arreglar los clósets de un apartamento en El Poblado para la mamá. Yo lo hijueputé y no paraba de reírse... Ahí nos recogió a Gabi y a mí y nos llevó a la casa. Así era él.

A Pedro Bermúdez Suaza los medios lo apodaron “El Arquitecto” el 2 de octubre de 2008 cuando fue detenido en México y se inició su proceso de extradición por narcotráfico por parte del Distrito Este de Nueva York. Las sospechas sobre el origen de su fortuna y la de su familia comenzaron un año antes, cuando el 24 de septiembre de 2007, debido a fallas mecánicas, cayó en Tixkokob, en la región mexicana de Yucatán, una avioneta Cessna que transportaba 743 kilogramos de cocaína. La investigación, un mes después, terminó con la captura de su hijo Felipe Bermúdez Durán, quien vivía en Bosques de Las Lomas, a las afueras del Distrito Federal.

—Viejo, ¿y vos tenías idea de que Pedro Bermúdez era narco? — es un pregunta obvia y la hago directamente.

—Hijo, pues la verdad uno no sabe nada. Yo estaba trabajando en el taller cuando

me enteré. Vi que en las noticias decían que habían cogido a la administradora de la Hostería Llano Grande, eso fue entre 2008 y 2009. Pues uno sí se pregunta a veces de dónde saca la gente tanta plata, pero uno es derecho y trabaja por lo de uno. Como independiente me preocupó por hacer bien lo que el cliente pide y después me preocupó porque paguen... Pero yo sí pienso que eso se sabía, como se sabía de los Ochoa y de Pablo, y así, usted sabe que la gente con mucha plata aquí resulta metida en negocios de ese tipo —German, responde con tranquilidad. No parece preocuparse por haber estado cerca o de haber trabajado para un narcotraficante.

El último narco reportado en la Lista Clinton, Pedro Bermúdez Suaza, tomó por sorpresa a las autoridades y a los medios. Un hombre de quien poco se sabía, resultó ser una pieza clave del narcotráfico en Colombia durante dos décadas, al movilizar un número desconocido de cargamentos de cocaína a través de México. Un narcotraficante tan poderoso como discreto, al que le incautaron 150 millones de dólares, y a quien aún investigan en Estados Unidos, donde se encuentra recluido en un centro penitenciario en Nueva York. Quizá fue por esa discreción por la que se ganó el título de “el Arquitecto”. No puedo evitar preguntarle a German.

—Viejo, ¿y vos por qué crees que lo llamaban “el Arquitecto”?

—Pues papito, yo creo que era porque tenía buen ojo. Más de una vez me paró cuando estaba trabajando, y me decía: “Ñato, ese marco está torcido”; yo le alegaba que no y él que sí. Me cogía el metro y me decía que midiera. Y yo mire a un lado y mire al otro —German cierra un ojo y con las manos hace el gesto de tomar un metro invisible y mide—, ¡y preciso! Aquí tiene una caída de dos o tres milímetros y allá no. El patrón se reía y yo me ponía a enderezar el marco o la repisa; a él le gustaba todo bien hecho. Imagino que por eso le dicen el arquitecto.

Ese es mi padre

German y yo brindamos una vez más. La caja de aguardiente se ha terminado y él debe salir para su casa, ya es tarde. Se levanta a pagar, debe ser él quien invita y no su hijo. Mientras paga medito en estas historias con las que hemos iniciado estos encuentros; ha prometido más. Una, sobre su ida a la Zona de Distensión en el Caguán, en 1999, cuando fue a reclamar por el estado de una hacienda que no era suya y se encontró con su vida amenazada por la guerrilla. Otra, de un viaje a Ecuador en busca de fortuna donde perdió más de lo que llevaba encima. De sus dos casas, ambas perdidas, una en Laureles, que debió abandonar por un robo y un fantasma que confabularon en su contra; la otra en Buenos Aires, a la que no pudo regresar porque un marido celoso lo esperaba armado para matarlo por haberse metido con su señora...

—¡Mi vida es una novela ni la hijueputa! —a veces dudo de esa afirmación, pero a él le gusta hablar, son sus historias y las atesora. Y a mí me gusta escucharle, me entretiene... Regresa, todo está cancelado.

—Bueno, papito. Me tengo que ir, mañana tengo que madrugar.

—Listo, viejo. ¿Quedamos pendientes, para la otra charla?

—Listo, mijo. Nos hablamos esta semana para que cuadremos y nos sentemos a seguir charlando.

El encuentro de hoy termina con un abrazo, una despedida todavía parca entre ambos, y la promesa de un nuevo encuentro. Y pienso para mí: ese hombre es mi padre.